

una recién parida, debía poner debajo de su almohada una moneda en proporción de su estado.

Se parecía algo á las solemnidades paganas la fiesta de *Koupo*, celebrada el 24 de junio, día en que la juventud se reúne en rededor de un árbol adornado con cintas y se sienta á una mesa cubierta de pastas. Lo mismo sucede con la *koliada* de diciembre, durante la cual se dan serenatas por las calles. Pero la mayor solemnidad es la de Pascuas, cuando en medio del alegre tañido de las campanas y de centenares de cirios y de magníficos vestidos, resonaba por todas partes el grito de *Christos voskress*, Cristo ha resucitado. Amigos y parientes cambian entonces visitas, huevos teñidos de encarnado ó aguinaldos.

Siempre han sido aficionados los rusos á los baños, á la gimnástica, al baile, á resbalar por el hielo ó desde la pendiente de una montaña. Amigos de la fatiga, minuciosos en las cuentas, tan astutos y fraudulentos en el comercio, que Pedro el Grande decía que no quería admitir á los judíos en sus Estados, á fin de que no les engañaran los moscovitas.

En un principio se servían de pieles de marta y de ardilla por moneda: luego de hocicos ó de otras partes de estos animales, teniendo probablemente alguna contrasena. No renunciaron á las pieles ni aun cuando conocieron en Constantinopla el uso del dinero; y en tiempo de Vladimiro una *grivna* indicaba el número de pieles de marta igual al valor de un marco de plata: después en el siglo xiii descendió hasta una séptima parte de este valor.

Hicían los rusos con el imperio griego, con los búlgaros, con los kazaros, y los pechinescos comercio de cera, de miel y de peleterías. De los últimos sacaban caballos y ganados; de la Grecia paños, sedas, vestidos bordados, vino, pimienta y tafletes: el principal depósito era Novogorod, donde los escandinavos acudían á hacer sus compras. Zarpando de Novogorod, los navegantes, durante el verano atravesaban un golfo, un lago y un río navegable, ó durante el invierno sus hielos, para llegar hasta el mar. En canoas, hechas de un solo tronco de árbol, se abandonaban al curso de los ríos que desembocan en el Boristenes, trayendo de lo interior del país esclavos, pieles, miel y los demás productos del Norte; cuando llegaban á las embocaduras de los ríos, hacían con la madera de sus canoas remos y barcos para naves mayores, con los cuales bajaban por el Boristenes hasta las trece cataratas. Allí necesitaban poner en seco sus embarcaciones y arrastrarlas con mucha fatiga por espacio de seis millas, espuestos á los ataques de los bárbaros. Cuando encontraban la primera isla después de las cataratas, solemnizaban su salvación, reparaban sus buques, entraban en el mar Negro y vogaban á Constantinopla, donde cargaban de vino, trigo, aceite, especias de la India y manufacturas de la Grecia. Si por otra parte se presentaba la ocasión, durante el viaje no dejaban de entregarse á la piratería.

El señor Frahen ha hallado un modelo de escritura rusa del siglo x en caracteres distintos de los caracteres griegos y rúnicos, y semejantes á las inscripciones aun no descifradas que se encuentran en las rocas entre Suez y el monte Sinaí. En seguida se introdujo en Rusia el alfabeto de Cirilo con el cristianismo, é Yaroslaf instituyó una academia en Novogorod, para traducir al eslavo los Padres de la Iglesia griega. Aunque se atribuye equivocadamente á Vladimiro el *Nomocanon*, código dispuesto con la intención de extender la jurisdicción eclesiástica, se puede considerar como auténtica la ley de Yaroslaf, que confía á los tribunales eclesiásticos el conocimiento de ciertos negocios, como el de los delitos contra el pudor, y cosa más delicada, las cuestiones entre padres é hijos.

Bajo su sucesor se fundó en Kiof el monasterio llamado Pesctera, por la caverna que Hilarion había escogido para su morada antes de ser promovido á la silla de Kiof. Fué reemplazado en este retiro por el ermitaño Antonio y por otros doce que abrieron en la Peña sus celdas y la iglesia. Habiéndose aumentado su número ocuparon la montaña que estaba encima; y de aquí resultó una abadía enriquecida con donaciones reales y célebre en el Imperio. Transformáronse las primeras celdas en vastas catacumbas, donde los cadáveres permanecían preservados de la corrupción.

Novogorod fué la primera sede arzobispal: en 1008 el patriarca de Constantinopla elevó á la categoría de metropolitano de Kiof á Juan I, llamado el profeta de Cristo, que ha dejado la *Respuesta canónica* dirigida al arzobispo Jacobo. Es un escrito que goza de grande autoridad en el derecho eclesiástico de Rusia. En él se prohíbe hacer uso de la carne de aves ó de cuadrúpedos despedazados ó ahogados; comer y comulgar fuera del caso de necesidad estremada con los católicos, y se recomienda á los príncipes no concederles sus hijas en matrimonio, porque no han recibido el bautismo por entero, esto es, por inmersión.

Con frecuencia ha sido acusado de ignorancia y de depravación el clero ruso. Obligado está el sacerdote á tomar mujer, y si la pierde, renuncia al sacerdocio, y se retira las más de las veces á un convento. Es necesaria la bendición nupcial, se prohíbe el matrimonio entre parientes hasta el cuarto grado; y el sacerdote sería excomulgado si bendijera á un matrimonio contraído por tercera vez, ó diese festines con mujeres ó asistiera á bailes. Se veda vender un cristiano á pueblos no bautizados.

En 1157 se celebró un concilio nacional en Kiof para condenar al armenio Martin, quien enseñaba que no se debe ayunar en sábado; que se debe hacer la señal de la cruz con el índice y el dedo del medio de izquierda á derecha; que se deben dirigir las procesiones en igual sentido según el curso del sol; dar vuelta á las iglesias hacia Poniente; hacer uso de siete panes para la Eucaristía.

CAPÍTULO X

RAZA FÍNICA.—HÚNGAROS.

La Finlandia, situada entre el 59° y el 68° de latitud, entre la Suecia, la Rusia y la Laponia, posee un suelo ingrato, sobre el cual llega amenuado á destruir la esperanza del cultivador un helado viento, á veces en el corazón del estío. No produce ninguno de nuestros frutos, y se reputa allí por buen año aquel en que se puede cojer suficiente heno para las bestias y bastante cebada para los hombres. Compónese de vastas llanuras como la Suecia, selvas de abetos, y lagos tristes cubiertos durante el invierno de nieves, sobre las cuales los rayos del sol no reverberan nunca. Paciente y resignado el finlandés trabaja de continuo; es fiel á su palabra y á la tradición, crédulo y supersticioso. Habla un idioma flexible, dulce, rico en vocales: su poesía es rica, sin rima, si bien con aliteración, y en ella encuentra un gran deleite. Albergados en sus cabañas los indígenas, son generosamente hospitalarios con los poquitos extranjeros que suelen ir á visitarles, y entretanto celebran fiestas de familia, para las cuales se reúnen cruzando montañas y ríos helados.

A la raza llamada finica ó uraliana, y diferente de las demás razas europeas, pertenecen los lapones, los fineses, los estonios, los permianos, los votiacos, los vóguolos, los ostiakos, los cuvascos, los quermisos y los húngaros, naciones no muy distintas entre sí, á pesar de todo, en virtud de mezclas con otras razas, cuyas vicisitudes nos son desconocidas. En otro tiempo se extendían por todas las comarcas hacia el Norte, hacia el Levante y el Mediodía de Rusia, mezcladas ó quizá confundidas con los sármatas y con los escitas, de la misma manera que se han diseminado actualmente desde la Escandinavia hasta el Norte del Asia, y desde allí hasta el Volga y el mar Caspio. Los rusos designaban á los pueblos de raza finica con el nombre general de *chiudos*, es decir, extranjeros: los

escandinavos les denominaban *fineses*, es decir, enemigos (*fiende*): mientras ellos se llamaban *suumos*, que equivale á decir gentes del país. Reconocían un ser supremo (*Yumala*), aunque divinizaban las fuerzas de la naturaleza, venerándolas en las selvas y las montañas: solo los permianos tenían un templo espuesto á las piraterías de los escandinavos. Estos últimos exageraron las riquezas que contenía: al decir de ellos era todo de maderas preciosas, resplandeciente de oro y de pedrerías. Según su aserto, la estatua del dios tenía sobre su cabeza una diadema de oro con doce diamantes, un collar de trescientos marcos de oro, una vestidura de mayor coste que tres naves griegas opulentamente cargadas, y sobre las rodillas una copa de oro suficientemente ancha para saciar la sed de cuatro hombres y llena de finísimas margaritas. Tan enormes riquezas atraieron á la poderosa Novogorod, que ocupó la Biarmia.

Más al Norte se halla la raza de hombres más deformes de Europa. El Edda y las Sagas los mencionan, calificándolos de enanos y de magos que con sus astucias desahogaban el odio que tenían á los dioses de Asgard; pronto el nombre de finlandés fué en el Norte sinónimo de hechicero, y muchos acudían con objeto de comprarles la salud ó una provision de viento favorable para la navegación.

Pero aunque escitaron la codicia de los mercaderes, la ambición de los conquistadores y la curiosidad de los supersticiosos, es lo cierto que los fineses no tuvieron historia; y solo sabemos de ellos que el cristianismo hizo disminuir entre ellos las supersticiones sin lograr extinguirlas. Surgieron allí estrambóticas sectas, y al frente de una de ellas estaba Wallenberg, quien pretendía haber recibido del Padre Eterno la misión que Cristo no había desempeñado completamente. Hizo numerosos pro-

séritos hasta el momento en que Gustavo Wasa le metió en un calabozo, de donde no volvió a salir nunca. Por lo demás la Finlandia se la disputaron los rusos y los suecos: estos últimos la poseyeron en el siglo XII, si bien no bastaron a defenderla; los rusos acabaron por conquistarla en 1809.

De este país se supuso oriundos a los ávares, hunos y magiares ó húngaros; pero en el día los etnólogos hacen proceder aun estos del Asia; si bien que, según parece, habitaron por mucho tiempo entre los fineses, los húngaros, a quienes vamos a seguir ahora en su devastadora carrera por Europa (1).

Húngaros.—Servía de argumento para sostener que descendían de los fineses, su lengua, tan extravagante, que los filólogos poco reflexivos del siglo pasado la declararon una mezcla de todos los idiomas de Europa y del Asia: después, embelleciendo la imagen, dijeron que la lengua húngara era una virgen sin madre, hermanas ni hijas. Habiendo ido en el año 1769 el húngaro Sainovics, en unión del jesuita Hell al cabo Norte para observar el paso de Venus sobre el sol, quedó sorprendido de poder entender a los lapones y de ser comprendido por ellos: entonces proclamó que su lengua era la misma que la de los húngaros. Estudios posteriores modificaron tal aserto, asegurando, no obstante, que pertenecía al grupo de las lenguas finesas; opinión corroborada por que, como estas, el idioma húngaro designa, con ayuda de afijos, los casos, las relaciones del posesivo, las conjunciones y las interrogaciones. La historia no nos dice de qué manera se verificó su mezcla con idiomas de distinto tronco; pero los filólogos más modernos han probado que es igual en el fondo a las lenguas indo-germánicas; de suerte que aquel pueblo debe colocarse también en la familia europea. Llamaban al principio del mal *Armanyos*, en quien algunos ven al Ariman de los persas, y otros al Hermio de los germanos; é inmataban caballos blancos a las fuentes y a las montañas.

Cuentan las tradiciones húngaras que en el fondo de la Escitia existen tres países, Dent, Mager y Bostard en que todos los habitantes están vestidos de armiño; allí abundan las piedras preciosas, el oro y la plata; allí habitaba la nación húngara en un principio. Magog, nieto de Jafet, fué su primer rey, y tuvo ciento ocho descendientes, que fueron jefes de otras tantas tribus. Atila, el azote de Dios, que condujo antes que otro alguno a lo exterior los húngaros ó hunos, descendía de Magog. De Ugek, su hijo, nació Almo, bajo el cual los húngaros emigraron segunda vez, por exceso de población, en número total de doscientos diez y seis mil, ó de dos mil hombres por tribu, divididos en siete hordas, a las órdenes de siete magiares (2).

(1) DUSSIEUX.—*Ensayo histórico sobre las invasiones de los húngaros*, París, 1839.

(2) Anonimus Bela ap. SCHWANDTNER, *Scrip. R. Hun-*

Ni la geografía ni la historia rechazan estas tradiciones. Hacia los montes Urales y a orillas del Cama se encuentra aun la gran Húgoria, de donde salieron probablemente los húngaros ó cumanos. Aparecen por la primera vez en la historia en tiempo del emperador Heraclio, con el cual hicieron la guerra a Cosroes, rey de Persia (620). Establecidos entonces junto al Terek, río que desde el Norte del Cáucaso desemboca en el mar Caspio, hacían allí vida de cazadores y de pastores, empezando, no obstante, a dedicarse algun tanto a la agricultura. Habíanles sometido los kazaros; y cuando fueron arrollados estos en el siglo VII por los búlgaros desde el mar Caspio hasta el mar Negro, partieron con ellos los húngaros (680), y se fijaron a su lado entre el Dnieper y el Don. Hallándose espuestos allí los primeros a los ataques de los nuevos bárbaros, que se adelantaban desde el centro del Asia hacia Europa, adquirieron costumbres belicosas, y se organizaron militarmente a las órdenes de uno de sus siete jefes, a quienes confirió la autoridad de príncipe.

Entonces después que los hoes destruyeron el imperio de los turcos en medio del Asia (883), los pechinescos dieron impulso a los magiares, que libres del yugo de los turcos cazaros, y arruinados por sus discordias intestinas, se dirigieron hacia otros países. Cruzando algunos el Don se replegaron hacia la Persia; guiados otros por Arpad, hijo de Almo, y por los otros seis magiares, pasaron el Boristenes por cerca de Kiof (887); y habiéndose acomodado de grado ó por fuerza con los rusos, a condición de llevar a otras partes sus conquistas, continuaron su marcha por la Galitzia y la Lodomiria. Después de haber recibido viveres, refuerzos y rehenes, traspusieron los montes Carpatos.

Rosniacos.—Hallábanse habitadas las gargantas de estas montañas por naciones eslavas y por valacos, de quienes todavía pueden encontrarse vestigios. A las primeras pertenecen los rosniacos, hermanos de los que habitaban la Rusia Roja (*Galitzia Oriental*), población esclava de los húngaros, y sujeta a los efectos de su misera condición, sin haber perdido completamente, a pesar de todo, sus costumbres nacionales. No tiene entre ellos valor legal el matrimonio. Roban a las mujeres, se casan con ellas cuando todavía son niñas, ó las compran en el mercado. Anualmente en el día de Santa María Magdalena acude una gran muchedumbre a Mate-Szalka, donde las doncellas, con los cabellos flotantes y coronadas de guirnaldas blancas, y las viudas, con coronas de follaje, ostentan sus encantos. El hombre ase del brazo a la que es de su agrado, y la arrastra por fuerza hacia la iglesia: si cruza el umbral es su esposa (3).

gar., t. I.—TRUROZ, *Cron. Hung.*, cap. I-VII.—PRAY, *Annal. Hun. Avar. et Hungar.*, pág. 342.

(3) BARTHOLOMÆI.—*Memorabilia provincia. Czetnick*, 1799.

Los valacos, residuo de las colonias militares de los romanos, y que conservaban la lengua de sus antepasados, también cayeron bajo el yugo de los húngaros y no tornaron a levantar cabeza. Pero al través del embrutecimiento de la servidumbre puede una vista perspicaz descubrir ciertos usos que recuerdan los primitivos tiempos. Cuando uno de ellos muere, corren los demás a su sepultura ahullando y repitiendo a voces, cuántos hijos, cuántos amigos y rebaños tenía, y preguntándole por qué los había abandonado. Durante muchos días siguen yendo a llorarle y purifican su sepulcro con libaciones de vino; el banquete fúnebre denota con su esplendor la condición del difunto. Colocan sobre la fosa una enorme piedra ó una cruz, a fin de que ningún vampiro vaya a chupar sus humores; ó se levanta allí un poste, del que la viuda suspende una guirnalda, una ala de ave ó un pedazo de tela. Si quieren jurarse amistad, ponen en un vaso pan, sal y una cruz; comen juntos; luego echan vino en el vaso y beben de él, y acaban jurando *pe cruce, pe pita, pe sare* (por la cruz, por el pan y por la sal) no abandonarse hasta la muerte. Verificado este *banquete de cruces* se consideran ya hermanos (*frate de cruce*).

Avasallaron los húngaros a esa nación, y luego a las demás poblaciones eslavas que habitaban las grandes llanuras más acá de los Carpatos, y empezaron a hacer su nombre terrible en Europa. Leon el Filósofo les empujó contra los búlgaros, dueños a la sazón de las dos orillas del Bajo Danubio, si bien fueron derrotados y repelidos hacia la Panonia. Este emperador los describe del modo siguiente. «Es una nación libre y numerosa. Desde que son jóvenes montan a caballo, de donde resulta que jamás caminan a pié: llevan al hombro grandes lanzas y en la mano un arco de que se sirven con maestría para herir al enemigo por detrás. Su pecho y el de sus caballos va cubierto de hierro. No son aficionados a lidiar cuerpo a cuerpo, sino desde lejos molestando a sus enemigos con ataques y sorpresas y arrebatándoles las provisiones. Con una fingida fuga escitan a sus enemigos a perseguirles, y volviendo luego caros, penetran por medio de sus filas desordenadas. Si necesitan dar una batalla campal se distribuyen por escuadrones de mil hombres, colocándose unos detrás de otros. Persiguen sin descanso al enemigo que huye, y no piensan en el botín hasta después de haberle dispersado completamente. A fin de evitar las deserciones, fáciles en tribus desunidas, han adoptado una severísima disciplina bajo las órdenes de un jefe supremo y la mantienen con rigurosos castigos.»

En el momento en que Arnulfo hacía la guerra a la Moravia (895), invitó a los húngaros a talar este país en unión de los croatas; por lo cual fué severamente censurado por sus contemporáneos (4), y

(4) El historiador Liutprando, obispo de Cremona, es-

el éxito probó cuanta razón les asistía. Bárbaros como eran, pudieron recibir en el curso de esta guerra ejemplos de crueldad de pueblos cultos y les imitaron muy en breve. Mientras peleaban fuera, el jefe búlgaro Simon asaltó de acuerdo con los pechinescos, el país donde habían dejado sus mujeres, los ancianos y los niños, saqueando y matando cuanto había quedado. Algunos se refugiaron en las montañas que separan la Transilvania de la Moravia, y bajo el nombre de *sekeliek* ó fugitivos, se vieron obligados de continuo a servir de vanguardia al ejército magiar. Estos son los ascendientes de los *seklos*, y los que han conservado más del idioma y de los usos húngaros. Habiendo intentado en vano el grueso de los magiares recuperar sus establecimientos primitivos, se dispusieron a buscar otros nuevos. Después de cimentar su federación y de hacer hereditaria la dignidad del jefe de las tribus y de capitán supremo, emprendieron la marcha a las órdenes de Arpad, y después de muerto Esventiboldo, entraron a sangre y fuego toda la Panonia, perdonando solo a las mujeres jóvenes y las acémilas.

Desmoronado a la sazón el poderoso dominio de los moravios, se encontraron los húngaros frente a frente del imperio de los Carlovingios, gobernado y defendido con igual debilidad; y de consiguiente se aprestaron a invadirlo por la Italia y por la Alemania.

Los húngaros en Italia.—Pero si la Italia, hermosa y rica cual lo es aun después de haber sido despojada y hollada por los extranjeros y por sus hijos, halagaba todavía su codicia, no era una empresa fácil entrar a sacio desde que habían vuelto a levantarse con fiereza las frentes doblegadas por la servidumbre regular de los romanos y por la violencia de los bárbaros; y especialmente desde que todos habían aprendido a manejar las armas y a servirse de ellas para la defensa de su casa, de su campo, para la de la ciudad ó del convento. Los húngaros entraron en número inmenso por las montañas del Friul (900), y talaron el país hasta Pavia; pero el emperador Berenguer, que vencedor de sus rivales, figuraba como único soberano de la Italia, se adelantó contra ellos, los derrotó, y los envolvió de manera en medio de los

clama: *Hungarorum gentem cupidam, audacem, omnipotentis Dei ignaram, scelerum omnium non insciam, cadis et omnium rapinarum solummodo avidam, in auxilium convocat; si tamen auxilium dici potest quod paullo post, eo moriente, tam genti suae quam ceteris in meridie occasuque degeneribus nationibus grave periculum, imo excidium fuit. Quid igitur? Zwentiboldus vincitur, subjugatur, fit tributarius, sed domino solus. Occam Arnulfi regis regnandi cupiditatem! o infelicem amarumque diem! Unius homuncionis defectio fit totius Europae contritio. Quid mulieribus viduitates, patribusque orbitates, virginibus corruptiones, sacerdotibus populisque Dei captivitates, ecclesiis desolationes, terris inhabitatis solitudines. ceca ambitio paras?* Hist. libro I, cap. 5. Y este no es rústico.

rios con que están cortadas las llanuras de la Lombardia, que, llegados al Brenta y no encontrando salida por donde escaparse, le hicieron la oferta de abandonarle botín y prisioneros, si consentía en dejarles efectuar su retirada. Lisonjeándose Berenguer de esterminarlos rehusó sus condiciones; y ellos, estimulados por la desesperación, pelearon, vencieron y después de dispersar á los mal unidos italianos, talaron sin obstáculo el país. Al cabo de cinco años volvieron á la carga, y después de haber destruido á veinte mil hombres enviados por Berenguer contra ellos, hartaron su codicia en Padua, Treviso y Brescia. Mal obedecido el emperador no tuvo otro recurso que las donaciones para reprimir su furia, y les pagó hasta diez modios de dineros de plata (5), por lo cual obligó á todos sus súbditos, sin escluir á los niños de pecho, á dar un dinero por cabeza. Dando después la preferencia á sus intereses sobre los del país, invitó á aquellos bárbaros á que le prestaran asistencia contra su rival Rodolfo de Borgoña. En su consecuencia, habiéndose dirigido sobre Milan, asaltaron á Pavia, ciudad floreciente y en extremo poblada (6), donde se celebraban las dietas del reino. Allí ahogaron al obispo, como igualmente al de Verceli, y destruyeron cuarenta y tres iglesias; después doscientos individuos, únicos que sobrevivieron de una población tan numerosa, recogieron entre las cenizas ocho modios de dineros para rescatar de los bárbaros el lugar donde se alzaba poco antes su patria.

Módona fué defendida largo tiempo por sus ciudadanos, que apostados sobre las murallas, repetían un himno guerrero para exhortarse unos á otros á la vigilancia (7). Después de haber desolado

(5) Liutprando (v. 15) da á entender que alteró entonces las monedas, mezclando á ellas una gran cantidad de cobre.

(6) *Populosissimam atque opulentissimam.* FRODOARDO Liutprando la llama *formosa*, y siempre con el énfasis que le es propio, dice que en breve volvió á levantarse de modo que superó á las vecinas y lejanas ciudades, y que no era inferior á Roma más que en no poseer los cuerpos de los Apóstoles.

(7) Este himno se ha conservado, y merece ser copiado como un bosquejo bastante feliz de la poesía de aquel tiempo, que pasaba entonces de las formas antiguas á las modernas.

*Nos adoramus celsa Christi numina,
Illi canora demus nostra júbila!
Illius magna fíxi sub custodia.
Hæc vigilantes jubilemus carmina,
Divina mundi rex Christe custodia,
Sub tua serva hæc castra vigilia,
Tu murus tuis sis inexpugnabilis,
Sis inimicis hostis tu terribilis,
Te vigilante, nulla nocet fortia
Qui cuncta fugas procul arma bellica.
Cinge hæc nostra tu, Christe, munimina.
Defendens ea tua forti lancea.
Sancta Maria Mater Christi splendida,*

asimismo las fronteras del Piamonte se atrevieron los húngaros á embarcarse en la orilla del Adriático, y se dirigieron á incendiar á Cittanova, Equitico, Fine, Chioggia, Capodarzere, saqueando todo el litoral. También intentaron apoderarse de Malamocco y de Rialto, si bien fueron repelidos por los buques mercantes de sus devastaciones: exenta la Italia Meridional de sus devastaciones: saquearon á Capua, Salerno, Benevento, Nola, Monte Casino, y si hemos de dar crédito á Lupe Protospata, llegaron hasta Tarento. No dieron tregua á la península en el curso de cincuenta años. En medio del espanto que inspiraban, se discutía á fin de averiguar si eran el pueblo de Gog y de Magog vaticinado por el Apocalipsis como precursor del fin del mundo: y se instituyen procesiones y ritos para alejar el huracán, y letanias en que se rogaba al Señor que nos libertara del furor de los húngaros. No faltaron prodigios, y mil veces las osamentas de los santos, á quienes ultrajaban, les causaron la muerte. Pegada quedó al altar la mano de un bárbaro que trataba de despojarlo: rompióse la espada de otro en el momento en que la blandía para degollar á un religioso.

A su aparición se nos han representado los húngaros como una raza deforme y bárbara hasta el escoso. Tenían el rostro aplastado: las madres mordían á sus hijos en el rostro, para acostumarlos al dolor. No peleaban en tropas ordenadas, sino como soldados de descubierta y montados en caballos muy veloces, á los que cortaban las crines para que los enemigos no pudiesen cojerlos. Como un ejército regular no hubiera estado en disposición de darles alcance, cada cual estaba obligado á proveer á su propia defensa. Así, cuando se acercaban, huían los campesinos á las alturas fortificadas, y entonces se levantaron murallas en torno de los caseríos y de los conventos (9), que redundaron después en provecho de la libertad, porque hicieron conocer á los italianos el po-

*Hæc cum Johane, Theotocos, impetra
Quorum hic sancta veneramus pignora,
Et quibus ista sunt sacrata mania,
Quo duce victrix est in bello dextera,
Et sine ipso nihil valent jacula.
Fortis juvenus, virtus audax bellica,
Vestra per muros audiantur carmina;
Et sit in armis alterna vigilia.
Ne fraus hostilis hæc invadat mania
Resultet echo comes: eja vigila!
Per muros eja! dicat echo vigila!*

(8) DANDOLO, Chron.

(9) En 912 Berenguer permite á Risinda, abadesa de Santa Maria de la Pusterla en Pavia, *edificandi castella in opportunis locis licentiam, una cum bertiscis merulorum propugnaculis, aggeribus atque fossatis omnique argumento ad paganorum insidias deprimendas.* Este es el primer ejemplo de semejante concesion en Italia. También Adalberto, obispo de Bérgamo, obtuvo del mismo rey permiso para fortificar aquella ciudad, amenazada *maxima Suevorum Ungarorum incurisione*, MURATORI, ad. 910.

der de la union; y hallándose con las armas en la mano, las emplearon en adquirir ó en asegurar sus franquicias.

Los húngaros en Alemania.—Todavía se mostraron los húngaros más terribles en Alemania. Cuando penetraron en la Baviera fué proclamado el eriban (901), y se declaró traidor á todo el que no respondiera al llamamiento. De este modo era fácil reunir hombres pero no inspirar denuedo. Efectivamente, el ejército fué batido cerca de Ausburgo, y poco después Leopoldo, duque de Baviera, fué derrotado y muerto en el mismo sitio (907). Recorrieron los húngaros el país con más audacia que nunca, saqueando hasta los monasterios de Fulda y de Corbia. También invadieron el reino de la Lorena (917), mientras que Carlos el Simple se hallaba ocupado en defenderse de enemigos interiores. Otra vez volvieron y no perdonaron á la Francia occidental, las riberas del Aisne y del Océano (926). Saquearon el rico monasterio de San Galo y se proponían atacar la España, para diezmar los tesoros de los califas, cuando fueron detenidos á la falda de los Pirineos por Raimundo Pons, conde de Tolosa, y con los demás acabó un contagio.

Conrado de Franconia se resignó á pagarles un tributo para conjurar la invasion, lo cual no les estorbó recorrer la Sajonia, la Baviera y la Francia. Pero cuando intimaron á Enrique el Pajarero que lo pagara, respondió como cumple á un rey, aprestándose á la guerra. Adelantáronse para castigarle, é invadieron á un mismo tiempo la Italia, la Baviera y la Sajonia; pero Enrique había levantado tropas, organizado á los alemanes en escuadrones, y acostumbrales á pelear á caballo, cosa sumamente necesaria contra los magiares, ginetes aguerridos. Después de convocar al pueblo le habló de este modo: «Sabeis de cuantos males ha sido el país arrancado; todo eran en él disensiones intestinas y guerras exteriores. Ahora, gracias á Dios, podemos dirigir de concierto nuestras armas contra los húngaros. Hasta ahora hemos sacrificado nuestros bienes para enriquecerlos; hoy tendríamos que despojar las iglesias, puesto que no queda otra cosa. ¿Quereis que me apodere de lo que está destinado al servicio divino para comprar la paz á los enemigos de Dios, ó que, confiado en él, nuestro verdadero soberano y libertador, procedamos como cumple á los alemanes?»

Todos respondieron manifestando el mismo denuedo, jurando vencer ó morir con las manos levantadas al cielo. Habiendo encontrado á los húngaros mataron á cuarenta mil en Merseburgo. Esta victoria, que aseguraba la independencia de la Alemania, fué pintada en el palacio real de Merseburgo, y los sajones de la parroquia de Kensberg celebran todavía anualmente la conmemoración de ella. A fin de contener á aquellos formidables enemigos reunió Enrique la Sajonia y la Turingia, en desorden hasta entonces, levantando en la frontera muchas ciudades (Goslar, Duder-

tadt, Nordhausen, Quedlimburgo, Merseburgo, Meissen), en las que colocó provinciales obligados al servicio militar, uno de cada nueve. También reconstruyó gran número de iglesias y de monasterios demolidos por aquellos, y mandó educar, á expensas del Estado, á las hijas de los nobles que habían muerto en defensa de la patria.

Vencidos los húngaros, aunque no aniquilados, renovaron muchas veces sus incursiones en Francia y en Italia; después, en los primeros años del emperador Oton (955), se lanzaron en bandadas sobre Alemania, y pusieron asedio á Augsburgo. Defendiéronse intrépidamente los ciudadanos; y poniéndose á su cabeza el obispo Ulderico, con la estola al cuello, rechazó á los enemigos. Entonces ordenó plegarias generales, y dividiendo á las mujeres en dos bandas, hizo que se colocara una en rededor de la ciudad, teniendo cruces levantadas y pronunciando oraciones, mientras prosternada la otra en la iglesia invocaba á la madre de los Dolores. Todos los niños de pecho habían sido colocados entorno del obispo sobre la gradería del altar, á fin de que sus vagidos escitaran la misericordia del Señor. Enseguida dió el prelado la comunión á todos, exhortándoles con fervorosas palabras á la defensa de lo más sagrado que tiene el hombre, la familia, la patria y la religion.

Ya se disponían los húngaros á volver al asalto, cuando supieron los sitiados que el emperador se acercaba. Oton había distribuido su ejército en ocho cuerpos, segun las naciones á que pertenecian los combatientes: tres de bávaros, uno de franco-nios, uno de sajones, dos de suevos: mil bohemios guardaban las espaldas. Al frente ondeaba la bandera de San Mauricio, jefe de la legion tebea. Oton llevaba la espada de Carlomagno, y una lanza hecha con uno de los clavos con que había sido traspasado Cristo; lanza que su padre había quitado al rey de Borgoña amenazándole con la guerra. Después de haberse confesado, de oír misa y de hacer voto de construir un monasterio, se adelantó para combatir y quedó victorioso. Cortados los húngaros por los ríos y rodeados de pueblos enemigos, fueron aniquilados en su fuga: se degolló hasta á los prisioneros, tres de sus príncipes fueron ahorcados en Ratisbona, y su nacion tuvo que resignarse á pagar el tributo que ella exigía antes.

El nuevo ducado de Austria, el ensanche dado al de Baviera, y el gran número de fortalezas levantadas, proporcionaron á la Alemania el que pudiese marchar con paso más seguro por el camino de la civilizacion; y agotadas las fuerzas de los húngaros permanecieron cuarenta años sin turbar el sosiego. Alentóles la debilidad del imperio griego á atacarle con preferencia, y penetrando en la Tracia y la Macedonia (953), se adelantaron hasta bajo los muros de Constantinopla, que parecía blanco de todas las hordas devastadoras. Pero, acometidos de improviso, perdieron muchos de los suyos y fueron rechazados; vanamente se alia-

ron después con los rusos, pues sufrieron en Andrinópolis una completa derrota.

Entretanto, despojándose de sus feroces costumbres de saqueo y de asesinato, aprendieron a transformar sus tiendas en moradas fijas, y a pedir a la tierra el sustento que antes ganaban con sus espadas. Aquel territorio tan fecundo, que reposaba había largo tiempo, recompensó sus afanes con tal abundancia, que en breve acudieron allí muchos en busca de pan y de trabajo. Musulmanes, bohemios, polacos, griegos, armenios, sajones, turinios, suevos, cumanos, se trasladaron allí en colonias. Con ellos penetraron en el país las primeras nociones del cristianismo (972), que se propagó luego por San Adalberto cuando administró el bautismo al vaivoda Geysa. Como un obispo reconviniere a este prosélito, en razón a que servía a la vez a los dioses de su patria y al que murió en la cruz, respondió lo siguiente: *Soy bastante rico para adorar a todos los dioses juntos.*

San Esteban.—Su hijo Voico tomó en el bautismo el nombre de Esteban (997) que ilustró con sus proezas. Descontentos los magnates magiares con verse obligados a poner en libertad un gran número de esclavos cristianos, se declararon en abierta rebelión; pero habiéndose hecho armar caballero Esteban, a la usanza alemana, marchó contra ellos, obtuvo la victoria y les ordenó bautizarse: los que le prestaron obediencia se hicieron objeto de sus favores, y redujo a los recalitrantes a la condición de esclavos.

A la sazón la Hungría se extendía al Norte hasta los montes Carpatos, al Oeste encontraba las marcas de Moravia, Baviera y Carintia; al Sur el Danubio y el Drava; y llegó hasta el Alt cuando Estéban hubo adquirido la Hungría Negra (1002). Posteriormente la ocupación del Firmio y de la Eslavonia abrió a Ladislao I la Croacia (1091), que fué conquistada, a excepción de las ciudades que quedaron a los venecianos.

Repartióse el país entre diez obispos, dependientes del arzobispo de Gan, con vastos dominios y jurisdicciones. Durante largo tiempo los obispos fueron extranjeros, como lo era igualmente una gran parte de la nación; y se les obligó a servirse del latín, que se convirtió también en idioma de la corte y oficial. Cada diez aldeas debían edificar una iglesia, y todos pagar el diezmo. Estéban llamó a muchos monjes; y para facilitar las peregrinaciones y las relaciones con los demás pueblos, fundó hospicios claustrales en Rávena, Roma, Constantinopla y Jerusalén. Se pidió entonces a Silvestre II que elevase a Estéban a la categoría de rey (1000); y aquel le envió una corona, una cruz que debía llevar siempre ante sí, y el título de apóstol de la Hungría y de legado perpetuo. Enrique II le reconoció por rey, y le dió en matrimonio una hermana suya; Buda y Alba Real fueron el centro de la nueva civilización, y los Carpatos sirvieron de barrera a las hordas asiáticas, que se agitaban en las orillas del mar Negro.

CAPÍTULO XI

FIN DE LOS CARLOVINGIOS.—LOS CAPETOS.

Atacados los Carlovingios por estos nuevos bárbaros, que no solo separaban del imperio hermosas comarcas (Normandía, Hungría, reino de Nápoles), sino que le amenazaban en el corazón, y obligados a dividir la resistencia en todos los puntos, tuvieron que conceder más poder a los duques y barones, y aun a los simples vasallos. Después de empunñar estas las armas para su defensa, las conservaron, y cada cual proveyó por su propio arbitrio a lo que creyó del interés de su comarca y de sus dominios. Así se aflojaron y acabaron por romperse los lazos que unían las diversas partes al común centro: cada cual se hizo centro a sí propio, y desde entonces se fundó el sistema feudal completamente, estableciendo de hombre a hombre un encadenamiento de relaciones nuevas desde el rey deprimido hasta el aldeano ensalzado.

¿En qué vino a parar la grande unidad con que esta época fué inaugurada? La venturosa sucesión de cuatro varones insignes había estendido rápidamente el poder de una familia desde las patrias Ardennas, hasta el centro de la Germania y la estremidad de la Italia, sometiendo al mismo dominio los francos, galo-romanos, aquitanios y borgoñones. Pero las conquistas rápidas no asimilan los pueblos, y diferenciándose entre sí estos nuevos súbditos por el lenguaje, origen, leyes e intereses, solo permanecían juntos por la fuerza del ejército y la voluntad de un varón insigne. Estinguida ésta y disuelto el ejército, se separan de nuevo, y la obra de descomposición es secundada por las disensiones domésticas de la familia imperial, donde falta la autoridad en el padre, la sumisión en el hijo, y la comunidad de intereses. Ya la Alemania y la Italia se han separado de la Francia; la corona imperial pasa a los países conquistados por Carlomagno. Hasta la misma Francia queda fraccionada; jamás había estado sometida realmente la Bretaña;

el antiguo territorio de los visogodos entre el Loira, el Ródano y los Pirineos, había permanecido distinto bajo el nombre de Aquitania y Guyena; allende el Ródano, orgullosos los condes de Provenza por haber protegido al país contra los sarracenos, se habían hecho independientes; entorno del Rhin formaban diversas provincias una barrera entre el idioma alemán y la lengua latina.

La Francia, propiamente dicha, es decir, la antigua Neustria, situada entre el Loira, el Mosa y el Escalda y la frontera bretona, era habitada por un pueblo mixto, al cual negaban los alemanes el nombre de francos, atribuyéndoles el de valones o velscos; pero también allí carecía de poder el rey, y circunstancias particulares hicieron que el feudalismo, ya propagado en Italia, recibiera en Francia una organización, y viniera a ser legal antes de hallarse reconocido en otras partes por actos emanados del trono (1). Ya hemos visto a

(1) Feudos de Francia al fin del siglo X, hechos hereditarios.

1.	Vizcondado de Bearn.	819.
2.	Condado de Carcasona.	820.
3.	— de Rouergue.	834.
4.	— de Blois.	850.
5.	— de Tolosa.	á mediados del siglo IX.
6.	— de Rosellon.	853.
7.	— de Turena.	859.
8.	— del Maine.	860.
9.	— de Ponthieu.	862.
10.	— de Boloña.	
11.	— de Flandes.	
12.	Ducado de Aquitania.	864.
13.	Condado de Auvernia.	
14.	— de Barcelona.	
15.	— de Angulema.	
16.	— de Perigord y alta Marca.	866.
17.	Condado de la baja Marca.	